

ambición demasiado á menudo frustrada (1). Pero su apasionada mirada y su lenguaje que agitaba todas las fibras del corazón, habían prendado á una noble dama cordobesa, la señora Doña Beatriz Enríquez, y aunque el matrimonio no hubiese sancionado su unión (2), tuvo de ella otro hijo, que quiso se llamase Fernando. Este doble vínculo del amor y de la ternura paterna le retuvo en España, cuando fatigado de las humillaciones que le habían hecho sufrir, se preparaba á abandonarla. Aquella alma ardiente abrazaba toda clase de amor; ferviente cristiano, halló consuelo al pié de los altares, y ántes de llevar á otra corte la palabra del Espíritu Santo, se decidió á intentar todos los medios que pudieran aun darle esperanza de buen éxito.

En las tinieblas del feudalismo en que España estaba entonces sepultada, el derecho de acción de los particulares se consideraba una herejía digna de la hoguera. Colon se defiende con todas sus fuerzas de tal inculpación en una de sus cartas: « ¿Me creen, pues, tan estúpido que no sepa que aun cuando las Indias fuesen mías, no podría sostenerme sin el auxilio de un príncipe (3)? » Dirigióse, por lo tanto, á un poderoso feudatario de la corona de Aragón, el noble y rico duque de Medina Sidonia, que deslumbrado al principio por el brillo de la empresa, la rechazó luego como el delirio de un Italiano visionario. Fué en seguida á ver al duque de Medinaceli, cuya benévola hospitalidad le había dado asilo en los días de sus angustias, y el duque halló aquel proyecto demasiado vasto para un súbdito, pero le ofreció apoyarle en la corte de Isabel, y cumplió su palabra. Colon se irritó de andar así de repulsa en repulsa, y resuelto á cumplir la misión que Dios le había revelado en la tierra, impuso silencio á las debilidades de su corazón y adoptó el partido de pasar á Francia para regalar al rey Carlos un mundo que los soberanos de España rehusaban. Juan Pérez le volvió á ver entonces en el convento de la Rábida, donde fué á pedirle á su hijo Diego y á darle gracias con todo su corazón, único modo de recompensar su noble y generosa amistad. El buen prior lloró, y le rogó que no se apresurase á arrebatarse á España la mas hermosa de las conquistas, y habiendo obtenido una audiencia de la reina, cuyo confesor había sido, montó en su mula, corrió á la corte, y defendió la causa de su amigo con tal ardor y tanta unción evangélica que Isabel, conmovida ante aquel celo, mandó llamar á Colon, y con la delicadeza de atenciones habitual en las mujeres, le entregó en secreto veinte mil maravedís para que pudiera presentarse decentemente en la corte.

Volvió pues. El último de los reyes moros

(1) LAS CASAS. Colon mismo se queja de ello en una carta.  
(2) Resulta así de una disposición particular de su testamento.

(3) Carta á la nodriza del príncipe Juan, *ap.* NAVARRETE.

deponía entonces la corona á los piés de Isabel y Fernando; Granada abría sus puertas á los Españoles victoriosos, los colores de Castilla y Aragón flotaban juntos en lo alto de las torres de la Alhambra. Digno siempre, á pesar de sus desgracias, hizo con su elevación admirar al consejo llamado á juzgar en última apelación sus proposiciones, bajo la presidencia del mismo Talavera. Viles cortesanos, estaban prontos, sí, á especular con el genio audaz de un hombre de la plebe; pero consentir que el Estado, en premio de una sublime concepción, de un servicio inaudito le elevase sobre ellos (pues aquel miserable aventurero ponía por primera condición ser nombrado almirante y virey de todos los países que descubriese), era cosa á que no pudo nunca reducirse su irritado orgullo. En vano Colon rechazó sus insultos proponiendo someterse á una octava parte de los gastos. Talavera declaró á la reina que conceder tales honores á un mendigo genoves sería una vergüenza para Sus Majestades. El grande hombre no quiso doblegarse ante los caprichos de una mujer, que no era mas que el eco de su confesor, y despidiéndose de sus amigos, marchó á Francia á principios de febrero de 1492.

Á menudo se ve con sumo disgusto perdida una cosa, que se miraba con indiferencia cuando se poesía. Á esta última resolución de Colon todos sus amigos se conmovieron; los mas tibios se llenaron de celo; Luis de Santo Ángelo corrió á la reina, y su entusiasmo causó impresión en Isabel; la marquesa de Moya, su favorita, trató de impulsarla, poniendo en juego el resorte de los celos: « Si el rey Carlos aceptare pertenecerán á Francia tanto poder, tanta gloria, todos los tesoros de la India, el honor inmortal de haber dado al Cristianismo uno de tantos pueblos idólatras? Fernando permanecía impassible, pero Isabel se decidió: « Tomo, » dijo, la empresa para mi corona de Castilla y » empeñaré mis joyas para tener el dinero » necesario (1). »

Santo Ángelo confirmó lo dicho por la reina, ofreciéndose á sufragar los primeros gastos (2), é inmediatamente salió un correo en busca de Colon. Este se hallaba ya á dos leguas de Granada, con el alma llena de amargura, tanto que, cuando el correo le alcanzó, apenas dió oído á su mensaje, y continuó su camino. Pero al expresarle aquel maravillado el impaciente ardor de Isabel, pues que solo la pasión habla á las almas apasionadas, Colon volvió á Granada.

El mismo hombre que poco ántes hasta los ayudas de cámara desdeñaban, se presentaba de nuevo en la corte, solicitado, honrado; pueblo y cortesanos, raza imbécil y perversa, aparecían convertidos por el favor del príncipe. ¡Qué extraña cosa es la opinión pública! Admi-

(1) Los mismos historiadores.

(2) Fernando se apresuró luego á hacerse reintegrar hasta el último maravedí la débil suma que anticipó su tesoro.

tido en la intimidad de los soberanos, los inflamó con el fuego de su imaginación, trasportándolos al traves de los mares, haciéndolos recorrer las ciudades de los palacios de oro y de los baluartes de plata con que Marco Polo puebla el reino de Mangi, y luego, estimulando el fervor de su fe, les proponía emplear las riquezas de la India en libertar á Tierra Santa (1). Finalmente, el 17 de abril de 1492, el secretario de Estado presentó á la firma de Sus Majestades el tratado siguiente:

1. Colon tendrá para sí y sus sucesores el grado de almirante en todos los países que descubra en el Océano, con los honores y las prerrogativas de grande almirante de Castilla.

2. Será virey de los susdichos países.

3. Tendrá derecho á la décima parte de todas las perlas, piedras finas, oro, etc., que se encuentren, compren, permuten, etc.

4. Él ó su lugar teniente serán los únicos jueces de las disputas en materia de comercio.

5. Se le permitirá, ahora ó depues, anticipar la octava parte de los gastos, compensándole con la octava parte de los beneficios.

6. Él y sus herederos están autorizados á llevar el título de *don*.

Destinóse para el armamento y la partida de la expedición el puerto de Pálos, cuyos habitantes, en castigo de un motin, habían sido condenados á suministrar anualmente á la corona dos carabelas armadas. Fernando se aprovechó de este accidente, y Colon dejó la corte el 12 de mayo. ¡Qué alegría en el convento de la Rábida cuando le vieron de retorno! ¡Qué satisfacción para Fr. Juan Pérez! Quizá Colon debió la ejecución de los reales decretos á la inalterable amistad de este hombre excelente. Apenas se supo en Pálos el objeto de la expedición, los soldados de mar, gente amiga de pependencias, empezaron á murmurar; y las mujeres, con ese poder que ejercen en las poblaciones marítimas, sublevaron á los marineros, y tiraron piedras á los operarios que preparaban las carabelas: « ¡Cómo! ¿por saciar una odiosa venganza pretende el rey que nuestros maridos y hermanos sean pasto de los monstruos del Océano? ¿Y qué quiere este extranjero? ¿Qué le importa la vida de las personas que nos son tan caras, con tal de ganar para sí un nombre? »

En vano el gobierno enviaba órden tras órden á las autoridades de la provincia; los mercaderes se negaban á suministrar los viveres y las municiones; los carpinteros de mar huían si se les quería obligar á trabajar en aquellas naves, destinadas á un fin desastroso. Pero el santo carácter del prior mitigó á los furibundos, y decidió á un rico é intrépido navegante, Martin Alonso Pinzon, á comprometer su persona y bienes en la empresa; tanto que, prévio el debido arreglo con Colon, preparó el tercer buque. Este armamento, con tanto trabajo

(3) Carta de Colon á los Reyes Católicos.

obtenido, costó solo 300,000 francos; y el 3 de agosto zarpó la flotilla.

Todo sorprende en este hombre extraordinario; la elevación de sus ideas y la audacia para llevarlas á cabo. Hoy que la navegación se ha perfeccionado tanto, ¿quién de nosotros se aventuraria en una débil barca á emprender semejante viaje? De tres carabelas que tenía á sus órdenes, una sola estaba provista de puente, mal aparejada, mal calafateada; todo para ellos era huracan, y la furia desencadenada contra el buen éxito de la expedición parecía suscitar obstáculos insuperables. De los noventa hombres que componían la tripulación, quizá únicamente diez servían con gusto, los restantes lo hacían por temor, y se creían conducidos á una muerte cierta. ¡Ah! robusta tenía que ser el alma de este Italiano, que triunfó á viva fuerza de la desconfianza, de la envidia, de la superstición coligadas en contra suya; que conduciendo hombres á países donde hasta entonces la imaginación no había penetrado sino con espanto, supo atraérselos y dotarles de una fe ciega en las inspiraciones celestes.

No debilitaré con paráfrasis la relación del mas famoso entre los navegantes, limitándome á extractar el diario de su primer viaje, segun nos lo ha transmitido Las Casas, omitiendo solamente las digresiones, las repeticiones, y todo lo que de nada sirve para dar á conocer á Colon.

#### *In nomine Domini Nostri Jesu Christi.*

« Cristianísimos, altísimos, excelentísimos, y poderosísimos príncipes, rey y reina de las Españas y de las islas del mar, nuestros soberanos.

» En el presente año de 1492, despues de haber dado fin á la guerra contra los Moros, que dominaban aun la Europa, y que tan gloriosamente terminó en la gran ciudad de Granada, donde el 2 de enero de este mismo año ví las banderas reales de Vuestras Altezas enarboladas en las torres de la Alhambra, y al rey moro salir á besar las reales manos de Vuestras Altezas y del príncipe mi Señor; á consecuencia de las noticias suministradas á Vuestras Altezas sobre las tierras de la India y sobre un príncipe llamado el Gran Kan, que en nuestra lengua vale tanto como rey de reyes, y en atención á que muchas veces él y sus antecesores habían pedido á Roma maestros de nuestra santa fe, que los instruyesen en las verdades del Evangelio, y á que el Santo Padre no había provisto á esto, continuando aquellos pueblos sumidos en la idolatría y profesando doctrinas de perdition; Vuestras Altezas, como príncipes católicos, propagadores de nuestra santa fe y enemigos de la secta de Mahoma, resolvieron enviarme á mí, Cristóbal Colon, á las tierras de la India, para ver á los antedichos príncipes, el país y los habitantes, examinar la naturaleza y el carácter

de todos, y hallar medios de convertirlos á nuestra santa religion; ordenándome que no fuese por tierra á Oriente, como se acostumbra, sino por mar, yendo derecho á Poniente, camino que no sabemos haya andado nadie hasta ahora. Y supuesto que Vuestras Altezas, despues de haber expulsado á todos los Judios de sus reinos y territorios, me han mandado en dicho mes de enero trasladarme con el conveniente armamento á las mencionadas comarcas de la India, colmándome de grandes favores, ennobleciéndome hasta el punto de que en adelante pueda usar el *don*, nombrándome grande almirante del Océano, virey y gobernador, etc., etc.; partí de la ciudad de Granada el sábado 12 de mayo del mismo año, para trasladarme á Palos, donde armé tres naves, y el viénes 3 de agosto, média hora antes de salir el sol, levé el ancla, llevando á bordo abundantes víveres y buen número de marineros, y me dirigí á las islas de Vuestras Altezas llamadas las Canarias, para navegar de allí á Poniente hasta llegar á las Indias y dejar cumplimentada la embajada de Vuestras Altezas. Al efecto, me propongo escribir exactísimamente, dia por dia, cuanto hiciere, viere y probáre; y ademas de la relacion dirigida á mis soberanos, escribiré cada noche lo que haya acaecido durante el dia, y vice versa; me propongo trazar una carta, donde anotaré las aguas y las tierras del grande Océano, en sus posiciones exactas y relativas, y añadiré una descripcion por escrito, marcando la latitud equinoccial y la longitud occidental. Por lo tanto será preciso que olvide el dormir y que atienda á la navegacion, para dar cima á lo que exigirá de seguro esfuerzos grandiosos (1).

3 de agosto de 1492. — « A las ocho de la mañana salimos del banco de Saltes, y doblamos al Sur. »

6 de agosto. — « El timon de la carabela *Pinta* se rompe, y se teme haya sido róto adrede por Gómez Rascon, á sugestion del dueño de la carabela (2); antes de zarpar se les vió hablando solos. Los marineros lo miran como mal pronóstico y murmuran. »

9 de agosto. — Detencion en la Gomera para reparar los buques. La llama y el humo del volcan de Tenerife asustan á la tripulacion, y Colon les explica el fenómeno. Muchos Españoles de la isla del Hierro aseguran que todos los años distinguen una tierra al Oeste: esto anima á los marineros.

6 de setiembre. — Parten de la Gomera.

9 de setiembre. — El almirante se resuelve á decir ménos camino andado del verdadero, para que su gente no se asuste demasiado pronto (3).

(1) Y cumplió su palabra; ya veremos á costa de qué.

(2) No se olvide que estos buques se quitaron por fuerza á los dueños.

(3) Una estratagema casi igual habia empleado en la expedicion de Túnez, é hizo lo mismo en todos sus viajes posteriores, para que nadie sino él supiese el secreto de lo andado. Pequeña debilidad que debe perdonarsele.

13 de setiembre. — Nota, con un vago sentimiento de temor, que la aguja se desvia al Oeste; guarda para sí este terrible secreto, y redobla su atencion (1).

16 de setiembre. — Al ver las algas de que están cubiertos los mares de los trópicos, la tripulacion cree estar cerca de tierra; pero el almirante calcula por sus mapas que la tierra firme se halla mas léjos (2).

17 de setiembre. — « Hoy hemos vogado sobre un mar cubierto de yerbas; y el agua me pareció tan espesa que temí fuesen á encallar las naves (3). » Al mismo tiempo los pilotos se pusieron pálidos de espanto viendo la declinacion de la aguja, que era de doce grados al Occidente. La tripulacion cae en gran desaliento, creyendo ver á cada instante realizados los peligros con que se la habia amenazado; pero el encuentro de una porcion de toninas la reanima.

22 de setiembre. — Viento de Oeste. « El viento contrario me fué utilísimo, porque mi gente estaba alborotada: murmuraban de lo largo del viaje, creyendo que en estos mares no soplaban jamas vientos para volver á España (4). »

23 de setiembre. — La tripulacion empieza de nuevo á lamentarse, temiendo la falten vientos para la vuelta; pero la mar se pone gruesa y cesan las quejas. « Así la mar gruesa me fué de grande ayuda, cosa no vista desde los Judios acá. »

25 de setiembre. — El almirante habla con Pinzon sobre el mapa de Toscanelli, que situaba la tierra, con poca diferencia, donde estaban entónces. Pinzon sube á la gabia y grita: « ¡Tierra, tierra! Se oye un clamor general de alegría; Colon se arrodilla dando gracias á Dios; pero un rayo de sol no tarda en disipar aquella tierra fantástica, dibujada por la niebla en el horizonte. »

1º de octubre. — El piloto del almirante aterrado á los marineros cuando les dice que se encuentran á 578 leguas de las Canarias. « ¡Cuál hubiera sido su desesperacion si hubiesen sabido la verdadera distancia que era de 707 leguas! Habiendo ofrecido la reina 20,000 maravedís de renta al primero que descubriese la tierra, no necesito decir si se afanarian en ganarlos, y los primeros dias los ojos no se apartaban del horizonte; pero inútilmente. »

10 de octubre. — Los marineros desanimados se niegan á seguir adelante. El almirante los alienta como mejor puede, pintándoles las

(1) Se ha disputado mucho acerca de la época en que se descubrió la declinacion de la aguja; y el diario de Colon lo decide. Por lo demas él creia que la estrella polar describia un círculo mucho mas considerable del que describe.

(2) Se guiaba por el mapa de Toscanelli.

(3) Esta frase no se encuentra sino en el tercer viaje; la hemos colocado en su puesto, para no interrumpir el relato.

(4) Es de admirar el feliz accidente que le determinó á viajar primero al Sur, pues así se aprovechó de los vientos periódicos; de otro modo quizá hubiera fracasado la expedicion.

inmensas riquezas que los esperan. « Por lo demas vuestros lamentos ni hacen ni desahacer; me he puesto en marcha para ir á la India, y seguiré hasta encontrarla, Dios me diante (1). »

11 de octubre. — Todo anuncia la aproximacion á tierra: un junco verde, una caña, un palo con cierta labor, una duela. Á las diez de la noche, estando Colon á popa, una claridad algo mas abajo del horizonte; pero la oscuridad de la noche era tal que no se atrevió á asegurar fuese tierra. Distinguió muchas veces como una luz que subía y bajaba como con las olas. Á média noche, cuando los marineros se juntaron para cantar la *Salve*, el almirante, persuadido de hallarse cerca de tierra, les recomendó tener fija la vista, prometiendo un jubon de seda al primero que gritase: « *Ahí está*. Navegaban á Poniente; la *Pinta* iba delante segun costumbre: á las dos de la madrugada Rodrigo de Triana prorumpió en el grito convenido, y un cañonazo anunció la fausta nueva á la escuadrilla. Omito decir con qué afán esperarían á que aclarase.

El 12 de octubre, á los primeros rayos del alba, desenvolviéndose del manto azul bajo el cual dormía, la jóven América presentó sus verdes playas á los ojos de los Españoles. Colon de rodillas y como hundido en éxtasis sublime, saludó con un cántico sagrado al nuevo mundo, debido á su genio.

Su divina mision estaba cumplida: ¿Qué importa al mundo el resto de su existencia? Aunque hubiese muerto en aquel instante, sus compañeros, desandando el camino que él habia seguido, habrian anunciado al mundo antiguo la grande obra de su fe. En adelante no es ya mas que un hombre como los demas, dotado quizá de todo el vigor que da al alma la escuela de la desventura. La curiosidad histórica puede en los últimos catorce años de su carrera hallar lecciones contra los reveses de la vida y la ingratitud de los hombres; pero los destinos de América no le pertenecen ya: él, tan grande, tan generoso, no aparece, en medio de las revoluciones de los siglos, á los indígenas del mundo, sino como el genio tenebroso que abre la escena de su destruccion.

Herémos aquí algunas reflexiones, que explican la conducta posterior de Colon y las extrañas ideas que sorprende encontrar en un hombre como él. Á cualquier altura que se haya elevado el genio, existen siempre en él preocupaciones que le impone el siglo, y de las que no puede libertarse. Las Cruzadas habian establecido como principio, que las comarcas poseidas por los infieles pertenecian al primer cristiano que se enseñorease de ellas. Cuando á la fiebre de aquellas expediciones guerreras

(1) Robertson, apoyándose en la autoridad de Oviedo, dice « que prometió á los marineros hacer lo que quisiesen, con tal que obedecieran tres dias mas. » Esto se encuentra en absoluta oposicion con las palabras mismas de Colon.

sucedió el ardor de los descubrimientos, este dogma recibió nueva extension, y se quiso que el mero hecho de haber puesto el pié en una playa hasta entónces desconocida, equivaliese á tomar posesion de todo el país: el clero hizo intervenir la autoridad papal en la concesion de esta supremacia, y los soberanos consintieron, porque esta formalidad daba á sus invasiones cierta apariencia de legitimidad (1). Nadie ignora el famoso meridiano con que el pontífice Alejandro VI habia repartido el globo entre Portugueses y Españoles (4 de mayo de 1493). Colon tenia una fe firme en la autoridad de los reyes; no obstante, educado en el tráfico y en los negocios, considerando el comercio como la riqueza de las naciones, no trataba de trasladar á la India la tiranía del sable, sino un poder tutelar, que asegurase á los particulares todas sus transacciones. Pero se sintió pronto arrastrado por la juventud noble, que se arrojó sobre el nuevo mundo como sobre una presa.

La física y la geografía no son ciencias de revelacion, sino ciencias prácticas; y es notable que á la combinacion feliz de dos errores, á saber, la excesiva extension al Oriente de las costas indias, y un cómputo demasiado módico de los grados de longitud, debamos el descubrimiento de la América. Pero la admiracion hácia Colon no se disminuirá porque se creyese en medio de las innumerables islas del mar de las Indias cuando desembarcaba en San San Salvador (Guanabani).

En efecto, San Salvador, el gran banco de Bahama, era la isla baja y verde (2) donde enarbolaba el estandarte de Castilla y pronunciaba solemnemente la fórmula sacramental que, segun él, aseguraba su posesion á la corona de España. Los Indios, desnudos é indefensos, bailaban y saltaban al rededor de aquellos extranjeros, tomándolos por hijos de los dioses. ¡Desventurados! estaban léjos de imaginar que aquellos hombres de hierro no tardarian en extinguir su raza! Cuando los mismos ancianos en el exceso de su alegría llamaban á sus compatriotas diciéndolos: « ¡Venid á ver hombres descendidos del cielo! ¡traedles de comer y de beber! » el mas illustre, el mas humano de aquellos hijos del sol, firmaba su sentencia de muerte, y escribia á sus soberanos: « Si Vuestras Altezas ordenasen cogerlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada sería mas fácil (12 y 14 de octubre). »

Pero convenia llegar á la región del oro, objeto de todos los deseos. Navegando al Mediodía « hallaré un país, cuyo rey posee grandes vasos de oro: quiero ver este príncipe, el cual,

(1) *Historia de Portugal*. — Obras de LAS CASAS.

(2) Corrigiendo en la carta marina los errores que la ignorancia de la inclinacion magnética pudo hacer cometer á Colon, halló que este desembarcó realmente en San Salvador como afirman los mas. El señor de Navarrete dice que arribó á las islas Turcas. Washington Irving ha calculado exactamente su viaje.

« segun el testimonio de mis Indios, lleva vestidos cargados de oro, y tiene bajo su dominio todas las islas vecinas. Despues arribaré á Cipango, y cuando haya encontrado los sitios donde hay oro y especias en abundancia, allí me detendré » Saliendo de San Salvador, se lanza al traves de los millares de islas de que está sembrado el gran banco de Bahama y olvida por un instante sus sueños de oro, embriagándose con las bellezas de la naturaleza: « No sé por dónde principiar; mis ojos no se sacian de ver los nuevos árboles; las flores de la playa exhalan un perfume tan agradable y suave que nada es capaz de halagar mas el olfato » (17 y 19 de octubre).

Vese en seguida al marino experimentado. « Siendo peligroso fondear cerca de estas islas, sino con el dia claro para ver dónde se echa el ancla, porque el fondo es desigual y ofrece ora arena, ora escollos, me paso en vela toda la noche » (20 de octubre).

21 y 26 de octubre. — « Antes de ir á la ciudad de Quinsay en tierra firme para entregar al gran kan las cartas de Vuestras Altezas, voy á la grande isla de Cuba, donde mis Indios dicen que se hace un comercio desmedido y que hay en abundancia oro, perlas, especias, grandes naves y mercaderes. Se cuentan de Cipango cosas extraordinarias, y en las esferas que yo he visto está situada precisamente en estos alrededores. »

28 de octubre. — « En ninguna parte he visto cosas tan magníficas como en Cuba: las orillas del rio son un paraíso, que no me puedo resolver á abandonar. » Seguramente debió gozar mucho en medio de aquellas islas. Los Indios le hablaron de Cuba-Kan, que significaba gente del interior; pero él, siempre con la cabeza llena de Marco Polo, confundió esta tribu con Cublai-Kan: « Esta es sin duda la tierra firme, y me encuentro delante de Zayto y Quinsay, á cosa de cien leguas de una ú otra metrópoli. » Las Casas, poco conocedor de la geografia de Marco Polo, dice, al citar esta frase: « No comprendo una palabra de este guirigay. »

2 de noviembre. — Envía hombres prácticos á entregar sus credenciales á aquel rey imaginario; pero los mensajeros, á su vuelta, le dicen que no han encontrado nada que se parezca á la capital de un vasto imperio. Habian visto muchos habitantes, que llevaban yerbas secas envueltas en una hoja tambien seca, y las encendian por un extremo, mientras chupaban por el otro, tragándose el humo; añadieron que les daban el nombre de *tabacos*. Eran los cigarros.

« Espero, Dios mediante, que Vuestras Altezas se resolverán pronto á enviarnos personas devotas ó religiosas para reunir á la Iglesia tan vastas poblaciones, y que las convertirán á la fe, del mismo modo que destruyeron á los que no querian al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. » Lo extraño es que

nada bastase á desengañar á Colon, el cual hasta la muerte se obstinó en creer que se hallaba en las Indias.

21 de noviembre. — Era opinion de los físicos que los países mas cálidos criaban los metales mas preciosos; así, por el gran calor que se sentia en la punta meridional de la isla de Cuba, intuyó que habria allí oro á montones. Este dia le dejó Alonso Pinzon con la *Pinta*, lo cual le disgustó en extremo.

11 de diciembre. — Los Indios hacian relatos monstruosos acerca de los Cantales. « Digo y repito que Can-iba no significa otra cosa que pueblo del gran kan, cuyos Estados deben hallarse muy cerca de aquí. Ese monarca tendrá buques en que sus súbditos vayan á capturar á los Indios de las islas; y como no vuelven, sus compatriotas se figuran que se los comen. »

Formado en la política de los Portugueses, daba á España el siguiente consejo: « Vuestras Altezas no deben permitir que ningun extranjero ponga el pié en este país. Descubre la Española (Haití): Finalmente, Dios mediante, me voy acercando al sitio donde nace el oro; algunos Indios lo conocen; es en Cipango, que ellos llaman Cibao. »

25 de diciembre. — El buque costeaba con el mejor tiempo; habian dado apenas las once, cuando el almirante, que en dos dias y una noche no habia cerrado los ojos, fué á descansar. El piloto se aprovechó de la ausencia del jefe para él tambien dormir, y á pesar de estarle prohibido expresamente, confió el timón á un novicio. Todo era silencio en el buque, cuando á média noche la carabela encalló. Habiendo despertado al sentir el choque, el almirante ordenó el único movimiento que podia salvarla; puso algunos marineros en la chalupa para que echasen un ancla á lo largo; pero la chalupa se salvó á bordo de la *Niña* y el buque se hizo pedazos. ¡Qué fatigas no debió sostener! pero no veía en aquella desgracia sino el dedo de Dios, que todo lo dispone del modo mas conveniente. Un cacique de la Española, llamado Guacanagari, le habia mostrado un tierno afecto, que se aumentó con aquel desastre. Obligados á quedarse en tierra, los Españoles reunieron mucho oro, y Colon consintió en que algunos de los suyos se establecieran allí hasta su próxima vuelta de España, y hasta les fabricó un fuerte. « Los hombres que dejo aquí, poseerán á mi vuelta una tonelada de oro ganado por medio de permutas, y habrán descubierto la mina y las especias. Los reyes podrán antes de tres años preparar la conquista de Tierra Santa, pues ya he manifestado á Vuestras Altezas el deseo de ver los productos de mi empresa empleados en conquistar á Jerusalem. Vuestras Altezas se rieron, y dijeron que la idea les gustaba, y que aun sin eso tenian muchos deseos de conquistarla. » Último reflejo del espíritu religioso inspirado por las Cruzadas.

Reducido Colon á un solo buque, se dispuso á volver á España. El 6 de enero de 1493 se le reune la *Pinta*; pero la insubordinacion reinaba á bordo. « ¡Cuándo, exclama, me veré libre de los pícaros que me rodean! » Tambien esta vez estuvo bien inspirado, pues se inclinó al Norte, y allí los vientos variables le condujeron á Europa. Se diria que habia tenido entonces un secreto presentimiento de las leyes físicas del globo.

13 de febrero. — Le amenaza un gran peligro. Se encontraba al Poniente de las Azores, cuando los relámpagos aparecieron tres veces hácia la parte Nor-nordeste: señal de una deshecha tormenta. El Océano se embravece; por la noche las olas son espantosas, de manera que pierde de vista á la *Pinta*, y los vientos desencadenándose les infunden pavor. El buque, luchando con las olas, no podia adelantar un paso, y contra sus costados iban á estrellarse montañas de agua: por la noche hizo sortear el voto de una peregrinacion, en que se debiese llevar una vela de cera de cinco libras, y le cayó á él; pero, como la violencia del huracan seguia, mandó sortear tres mas. Se creían perdidos; pero la idea que le ocurrió de llenar de agua salada sus toneles vacíos, fué mas provechosa al buque que todos los votos con que la tripulacion cansaba al Cielo. Sosteniale un pensamiento religioso: « ¿Es posible perimita Nuestro Señor que las grandes noticias que llevo perezcan conmigo? » Mas, por otra parte, el vivo deseo que sentia de probar al mundo que sus promesas se habian cumplido, le inspiraba un gran temor de no llegar. « Cada mosquito que pasa me importuna y altera; debilidad causada por mi poca fe en la Providencia Divina. Sin embargo, los favores que Dios me ha dispensado, me dan la confianza de que el Señor supremo me ha de salvar para coronar su obra. »

El porvenir de sus hijos le acosaba: « Huérfanos de padre y madre en tierra extraña, ¿qué será de ellos? Los reyes ignoran los servicios de su padre. » Dominado por esta idea, cogió un pergamino y escribió en él todo lo que pudo relativo á sus descubrimientos; despues lo envolvió en un trozo de lienzo encerado, y metiéndolo dentro de un tonel, arrojó este al mar. Los marineros creyeron que era un acto de devocion: era la fe de nacimiento del nuevo mundo que Colon confiaba á las olas para que la condujesen al mundo antiguo.

Al fin la cólera del Cielo se aplacó, y Colon arribó á las Azores, donde le esperaban otros peligros, pues el gobernador Castañeda trató de apoderarse de él, y arrebatar á España el honor de sus descubrimientos. El almirante se salvó, pero persiguió la tempestad, obligándole á dar fondo en el Tajo, donde el rey de Portugal le acogió como merecia. De allí se hizo á la vela para Andalucía, y

el 15 de marzo echó el ancla en el puerto de Pálos (1).

El pueblo es siempre el mismo, ciego en la ira, ciego en el amor: la historia de todos sus héroes pende entre la roca Tarpeya y el Capitolio. Colon, á quien ocho meses ántes se insultaba y escarnecía, fué llevado en triunfo; la gente se agolpaba para verle pasar, y hubo repique general de campanas. Fernando é Isabel le escribieron una carta que se volvia toda elogios y admircion; el sobre decia: « Á Don Cristóbal Colon, nuestro almirante en el Mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en la India. » ¡Y en qué términos lisonjeros se dirigian á él! « Sabéis de vuestro arte mas de lo que ha imaginado nadie, mas de lo que ningun viviente ha llegado á saber. » ¡Y qué acogida halló en la corte! hidalgos y cortesanos le acompañaban en su primera audiencia real; los soberanos le hicieron sentar delante de ellos, honor inaudito entonces; los músicos de la real capilla entonaron un *Te Deum*, repetido en coro por la asamblea con largas aclamaciones; se le concedió libre entrada en palacio, y las armas reales figuraron en su escudo con esta mote:

Por Castilla y por Leon  
Nuevo mundo halló Colon.

Todos los honores eran pocos para un hombre que decia: « Mi primer viaje no fué mas que una especie de excursion; pero ofrezco á Vuestras Altezas darles todo el oro que necesitan, por débiles que sean los auxilios que me presten; y especias y algodón y goma, como no se han encontrado hasta ahora sino en la isla de Chio, y que el gran señor vende al precio que mas le agrada; y aloe y esclavos, á medida del deseo. » En cuanto á él, aunque seducido un instante por su alta fortuna, triunfó modestamente, y su única venganza de los que le habian humillado fué proclamar la verdad de sus ideas: « Bendito sea Dios, que da la victoria á los que no se desvían del recto sendero! Lo ha probado evidentemente con los milagros hechos en favor mio. Me puse en viaje contra el dictamen de muchas personas de respeto: ¡todas estaban contra mí, tratando mi proyecto de quimera! Confío en el Señor que el resultado honrará á la Cristiandad (2). En cuanto á los monstruos con que me amenazaban, ninguno he visto. » En medio del esplendor, cuya luz repentina vino á deslumbrarle, tuvo á honor mostrarse amigo del prior de la Rábida, y

(1) El mismo dia fondó en Pálos Alonso Pinzon. La tempestad le habia arrojado al Golfo de Gascuña, donde halló asilo, y creyendo á Colon ahogado, escribió á los reyes una carta atribuyéndose todo el honor de la expedicion é injuriando al almirante. Poco despues murió de desesperacion y de vergüenza.

(2) Extractado de las últimas palabras de Colon en la relacion del primer viaje.